



martín zelaya

POEMAS

Llega a donde te gustes

Un grueso mundo
te espera hijo
lleno de sal, sol y azul
con calor, olor y fervor
pero
vuelo también
sin razón ni noción.

Con colores
como el gris
de finitas esperanzas
y amaneceres
de curcomidos corazones
de mayores, y de generales
pero también
de calles, de ciudades
renacedoras
imprescindibles

Un doble mundo
te espera hijo
con canciones y censuras
con Sabina, su cerveza,
su guitarra y su concurrido
dulce hotel
ya sin el sueño de libertad total
que murió en la higuera
hace tiempo.
pero con Cortázar y el gabo
que de París a Macondo
te devuelven, te amanecen.

Un frío mundo
te trae hijo
confiados en su claridad
todos nacemos inocentes
pero su negra realidad
no te impedirá, hijo
existirte, disfrutarte.
Refléjate en tu corazón
prenatal
y graba esa imagen
en tu mente de mortal.

Un muerto mundo
te espera hijo
con misiles, conciencias
y presidentes norteamericanos
y militares
y progresos
y monedas
pero tú y tus iguales
nos renacen
de a poquito.

Un ajeno mundo
te presta vida hijo
el infinito acreedor
te persigue ya
corre, salta, grita, canta y llora
que no te alcance hasta tu retorno.

Un pequeño mundo
ya te cuenta hijo

Insignificancias te aplastarán
inmune, al fin, también serás
pero anda, sube, baja, sal, entra
no te pierdas en perder.

Haz noticia
pasa inadvertido
ama, bebe, cae, goza
juega a ser
no seus.

Haz el amor que así te hice
lee, escribe, vive como es vivir.

Crea hijo
ficciones, misiones
imágenes, ideas
hazte a ti, como no pude.

Ríe hijo
del llanto en que caminas
del favor que te hice
y perdóname.

Escoge hijo
busca bajo tu piel
El dorado
visita Sodoma, alquila Gomorra
rodea el trópico de cáncer
sobrevive
a los Cien años de soledad
gana a la Rayuela
cabalga hasta la noche
en el Unicornio azul
amanece con alguien y con muchas.

Fuma hijo
aspirate bien a todos
trágate a ti mismo
y bótanos de ti
disuélvete, arrúllate.

Respira hijo
camina por toda tu historia larga
y llega a donde te gustes.

No me quieras mucho hijo
no seré de ti
te amo demasiado.

Acuéstate hijo
sueña solo, solo y sólo
en el seno de alguien.

Bebe hijo
emborráchate de libertad
y ve la cara virgen del mundo.

Baila hijo
desnudo, de echado
danza locamente
ebrio de ganas de ganas
si las logras hijo
baila.

Inventa hijo
carnavales y lujurias
y vapores y sudores
y jadeos y deseos
y te harás nuevamente.

Duerme hijo
olvida lo que hiciste
y hazlo otra vez
roba, mata, engaña y viola
al mal reflejo de tu espejo
al lobo impuro de tu estepa
al punto débil de tu sangre.

Aguanta hijo
sobre ti zapatean
miles de millones de años
de corrupta arrogancia
vence hijo, pierde el pudor.

Levántate hijo
navega en los sudores
que provoques
y toma de la espuma
que emane de tu raíz.

Viaja hijo
desentraña el inextricable
paraje galáctico
y traza el mapa prohibido
del placer completo
sobre los desnudos pechos
de ella y de vos.

Grita hijo
escupe los errores
a la brisa costera
tú lograrás el mar.

Goza hijo
atraviesa el tímpano social
perfora el himen carcelero
naufraga cada viernes
en la isla de tu utopía veraz.

Y muere hijo
descansa de huir
del odre terráqueo
que no te devorará

Quédate hijo
en las nubes, en el sol
en la lluvia
y en el sonido vivo de la nada
que todo es.

E I

La mañana en que el Timbrero entró en la mina, sin otro pensamiento que cumplir con la mita, se olvidó llevar su ch'uspa de coca y su botella de quemapecho. No pijchó junto al Tío ni le ch'alló a la dadivosa y protectora Pachamama. Se fue directamente a la galería donde estaba el ascensor, que servía para transportar a los mineros de un nivel a otro. Abrió la puerta de barrotes oxidados, entró en la jaula de dos pisos y esperó la llegada del primer convoy, cuyas ruedas chirriaban sobre los rieles y cuyo contacto eléctrico chisporroteaba en los cables extendidos a lo largo del socavón.

Cuando el convoy se detuvo delante del ascensor, un grupo de diez mineros se apeó entre risas que barrían las penumbras de la galería. El Timbrero se acomodó en su sitio y esperó que los mineros entraran en la jaula. "¿A qué nivel?", les preguntó mirándolos uno por uno. "Al trascincuenta", contestaron al unísono. El Timbrero aseguró la puerta de acceso, pinchó con el chuzo en la caja de contacto eléctrico y la jaula se elevó lentamente, tras un ligero sacudón que los hizo tambalear como su estuviesen todavía sentados en uno de los vagones del convoy.

Los mineros seguían riéndose en tono burlón de las aventuras amorosas del chasquiri de su cuadrilla, mientras el Timbrero, ajeno a las palabras y la mirada perdida en la nada, permanecía con el aro del chuzo ensartado en el índice de la mano, hasta cuando el contrapeso de la jaula, que alcanzó los doscientos metros de altura, dejó de tirar del cable. Entonces el Timbrero, nervioso y extrañado, se sujetó de los barrotes y dijo algo que nadie entendió. Los mineros se miraron en silencio y, en un cerrar de ojos, escucharon cómo el cable, lleno de grasa y alquitrán, se desenrolló violentamente del tambor, dejando que la jaula se desplomara en el vacío y se golpeará contra el piso, aplastándose como una lata de sardinas.

El único que sobrevivió al accidente fue el Timbrero, con heridas leves en los brazos y las piernas. "¡Tiene suerte!", dijeron todos, al constatar que los demás murieron en el acto, los huesos atravesados, la cabeza hundida en el pecho y el órneo roto como la cáscara del huevo. El impacto del golpe fue tan intenso, que los diez mineros tenían los huesos fracturados y la estatura reducida a menos de un metro.

Los técnicos de la empresa verificaron que el accidente no se debió a fallas humanas sino técnicas; un informe que, empero, no modificó en absoluto los sentimientos de culpabilidad del Timbrero, quien, además de haber adquirido un trauma que sacudió los cimientos de su vida, se negó a retornar a su puesto de trabajo, aduciendo que en sus sueños se les aparecían los diez mineros muertos, levantándose de sus tumbas y clamando venganza a gritos.

La empresa, informada de las consecuencias funestas del accidente, decidió retirar al Timbrero por razones de salud y pagar una miserable indemnización a las familias de los mineros que perdieron la vida en el ascensor, cuya jaula, de fabricación inglesa, quedó reducida a chatarra bajo las bóvedas de la mina.

MARTIN ZELAYA SANCHEZ. Oruro 1977. Estudia Comunicación Social en la UMSA. Es editor en un conocido periódico nacional. "Llega a donde te gustes" se publica por primera vez.